

A QUEMARR PA



GIJÓN, 19 de julio de 2015 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA MUNDIAL • ÉPOCA XXVIII • GRATUITO • Nº 10

VALIÓ LA PENA XXVIII SEMANA NEGRA



GANADOR DEL CONCURSO DE RELATOS NEGROS
SEMANA NEGRA 2015

CULATERO

Por Fernando José Végliá
Página 6

□ Eso es todo, amigos. La Semana Negra clausura las carpas de su XXVIII edición. Ha sido una gran edición. Recibimos por primera vez a **Antonio Muñoz Molina**, **Elvira Lindo**, **Milo Manara** o **Gioconda Belli**, entre otros. Regalamos tres magníficos libros. Asistimos a conciertos vibrantes como el de **Carlos Jean** o el de **Kozmics**. Nos montamos en el Ratón Vacilón y comimos pulpo, churros, chorizos criollos, tortilla de patatas, gofres con nata y todas las *delicatessen* proletarias que hacen famoso a este festival en Gijón. En Gijón, porque fuera de Gijón no se nos conoce por otra cosa que por ser una Disneylandia cultural única en el mundo. Comienza la XXIX. Nos vemos el año que viene.

GANADOR DEL I CERTAMEN DE RELATOS CORTOS
DE CIENCIA FICCIÓN DE LA SEMANA NEGRA
Y EL CONSEJO ESTATAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA DE PUEBLA

INTERCAMBIO EPISTOLAR

Por Franco Molinari - Página 7

AYER, EN LA CARPA BIBLIOASTURIAS.COM...

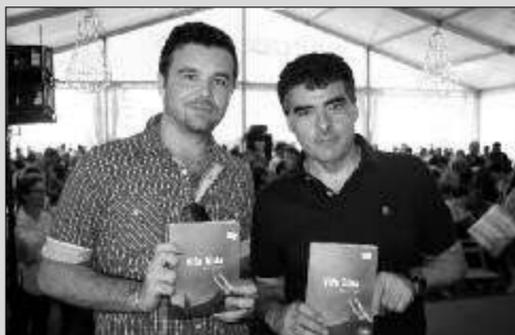
...hubo cuentacuentos; **Héctor Colunga** nos contó qué se esconde detrás de un Mar de Niebla; **José Liñán** presentó *El día que murió Sergio Algora*; la Fundación Princesa de Asturias estuvo con ustedes; nos sentamos a una mesa redonda sobre las bibliotecas asturianas e hicimos una tertulia sherlockiana con **Juan Ramón Biedma**, **Marco Navas**, **Rodolfo Martínez** y **Jesús Palacios**.



Y EN LA CARPA DEL ENCUENTRO...



...charlamos con Pablo de Santis, a quien presentaron María Inés Krimer y Loyds,...



...José Manuel Estébanez presentó a Fabio Girelli, que presentó *Villa triste*...



...y Juan Carlos Monedero presentó el libro en el que **Álex Zapico** y **Vanessa Gutiérrez aprenden a mirar**.



ASOCIACIÓN SEMANA NEGRA

Presidente: *Susana Quirós*
 Tesorero: *Ceferino Menéndez*
 Secretaria: *María Fernanda Poblet*
 Director del Comité Organizador SN: *José Luis Paraja*



Dirección: *Pablo Batalla Cueto*

Redacción:
Christian Bartsch
Victor Muña Fano

Fotografía: *José Luis Morilla*

Colaboradores:
Edmond Baudoin
Jesús Palacios
Eduardo Morales

Preimpresión: *Morilla Fotocomposición*
 Imprime: *Imprenta Mercantil*

JESÚS DEL GRAN PODEMOS

Jesús del Gran Podemos —así lo han bautizado sus enemigos— llenó ayer la Carpa del Encuentro, deleitando a una ruidosa concurrencia de fans que lo interrumpió varias veces para aplaudirle de pie. Jesús del Gran Podemos no es otro que **Jesús Cintora**, presentador de *Las mañanas de Cuatro* recientemente apartado del cargo por Mediaset de resultados, dicen, de presiones del Gobierno del PP. El periodista soriano habló de periodismo y de la actualidad política y respondió a preguntas del público, apuntando en respuesta a un asistente que comparó su caso con el del recientemente fallecido **Javier Krahe**, para quien «escribir y cantar *Cuervo negro* fue la sepultura», que «el PSOE también presiona a los medios de comunicación, no sólo lo hace el PP».

En general, «los poderes fácticos quieren un pueblo sumido en la ignorancia, porque el pueblo, cuanto menos culto, menos indefenso». Ésa fue la primera sentencia lapidaria que pronunció Cintora después de que **Pedro Roldán**, presidente de la Sociedad Cultural Gijonesa y presentador del encuentro, lo presentara como un «viajero atento que

levanta acta de lo que ve a su alrededor» y que tiene el mérito de haber «revitalizado la tertulia política» en un «país en el que se han caído todos los tabúes de la Santísima Transición».

A la España actual, Cintora la describió con una metáfora utilizada por el presidente de Cantabria **Miguel Ángel Revilla**: «un vertedero formado por capas de basura en el que se pretende que cada nueva capa impida que se hable de

la que esté debajo: ya nadie se acuerda de Afinsa ni de los ERE y hoy sólo se habla de la página web impulsada por **Manuela Carmena**». Revilla es uno de los personajes a quienes Cintora entrevistó en el libro cuya presentación ha sido el pretexto para venir a la Semana Negra: *La hora de la verdad*, donde también aparecen personajes como **Albert Rivera**, **Pablo Iglesias**, **Ignacio Escolar** o **Lucía Caram**.

El periodista soriano respondió a preguntas sobre las acusaciones que suele recibir de ser un instrumento al servicio de los intereses de Podemos. Cintora recordó que «al principio decían que me había colocado **Rubalcaba**; más tarde, que me había colocado **Pablo Iglesias**. A Rubalcaba le había crecido la coleta». También otra acusación, la de que Podemos habría exigido al PSOE de Castilla-La Mancha

colocarlo al frente de Radiotelevisión de Castilla-La Mancha como condición para apoyar la investidura del socialista **Emiliano García-Page**. Según Cintora, lo único que lo ha ido colocando allí donde ha ido trabajando es haber estudiado y haber trabajado duro sin que nadie le regalara nada.

Cintora puso en valor su programa, sacando pecho de motivos de orgullo como haber difundido la realidad de los afectados por la hepatitis C. El periodista contó que recientemente recibió una carta de **Mario Cortés**, portavoz de la plataforma de afectados, diciéndole: «gracias, porque me estoy curando y tú fuiste el primero que me entrevistó en televisión». Cintora recordó que «a raíz de aquella entrevista la sociedad se movilizó y el Gobierno acabó financiando los medicamentos». A esos padecimientos de quienes sufren los recortes en Sanidad, Cintora contrapuso «la panda de mangantes, los **Blesa**, los **Bárceñas**, los **Urdangarín**, que siguen igual, que pueden perfectamente estar ahora mismo en un yate con el culo al sol».



EROTISMO DE ALTO VOLTAJE

«Hacia un montón que intentábamos que **Milo** estuviera con nosotros», explicó ayer **Ángel de la Calle** en el multitudinario homenaje al historietista italiano Milo Manara celebrado en la Carpa del Encuentro. En él participaron, además de los propios De la Calle y Manara, los críticos de cómic **Yexus** y **Frasco**, los guionistas **Pepe Gálvez** y **Rodolfo Santullo** y **Juan Carlos Monedero**, cofundador del partido político Podemos y gran fan del dibujante italiano.

Como recordó De la Calle, «los homenajes hay que hacerlos cuando los homenajeados están en plena posesión de sus facultades», y éste consistió en que cada uno de los invitados dijese cuál es su álbum preferido de Manara y explicase por qué. El primero en hablar fue Yexus, que apuntó la última obra de Manara, *Caravaggio*, como su favorita. Lo es, explicó, porque es «un punto álgido» en la trayectoria del italiano y una «quintaesencia que contiene todas o gran parte de sus virtudes: la aventura, el erotismo, el componente humanista y el mestizaje de medios: literatura, pintura, cine...», así como una «ambientación excepcional». El crítico santanderino comparó además a Manara con el pintor italiano sobre el cual versa la obra explicando que, si **Caravaggio** «vulgarizaba los personajes sacros, Manara hace lo contrario: coger a personajes mundanos de la calle y santificarlos físicamente».

El álbum preferido de Juan Carlos Monedero es *El clic*, la divertida historia de «una atractiva señora, Claudia, que es la esposa de un rico burgués —seguramente votante de Foro— a la que un científico un poco loco implanta un chip que cada vez que se activa le hace sentir un insaciable deseo sexual allí donde esté, ya sea en la Semana Negra de Gijón o en misa». El

mensaje de la obra es que «la burguesía es sexualmente aburrida» en opinión de Monedero, que invitó a que quien quiera «sexo de verdad se apunte a Podemos». El inefable profesor de ciencias políticas suscitó las carcajadas de los asistentes explicándoles que su «amigo **Pablo Iglesias** se reunió el otro día con **Felipe VI** y le regaló *Juego de tronos*», y que «como pronto va a ver al papa» le va a recomendar que le regale al pontífice *El clic* de Manara. Ya más en serio, Monedero evocó sus años juveniles y que Milo Manara lo enseñó «a interesarse por el sexo sin tener mala conciencia, porque era arte».

Pepe Gálvez ubicó en su top-1 particular de obras de Manara *Verano indio*, mientras que Frasco hizo lo propio con *El hombre de papel* y recordó que descubrió a Manara en una mítica revista de cómic española, *Totem*. De similar manera conoció la obra del italiano Rodolfo Santullo, sólo que en Uruguay y en la revista argentina *Fierro*. Eran los años noventa y Argentina y Uruguay «salían de una dictadura, había falta de libertad de expresión y aquellas obras desafiaban el ambiente gris de Montevideo». A Santullo, de como a Monedero, Manara le abrió las puertas del sexo a una edad de «hormonas descontroladas» y en una década en la que «ver mujeres desnudas era mucho más difícil que ahora, porque no había Internet», pero también le demostró que «el erotismo de alto voltaje podía ir de la mano del humor y de la carcajada más desatada».

Milo Manara habló poco y lo hizo para mostrarse agradecido y sorprendido de la gran cantidad de gente que asistió al encuentro y que lo siguió hasta el final. «Desde luego, yo me hubiera marchado antes», dijo.



DIÁLOGO Y ENRIQUECIMIENTO



La Semana Negra regaló ayer a sus fieles el tercer de los tres libros autoeditados este año, *Valió la pena vivir*, consistente en una serie de entrevistas y semblanzas realizadas por la periodista uruguaya **Hortensia Campanella** a figuras de la literatura y las artes hispanoamericanas durante los años setenta y ochenta, desde **Eduardo Galeano** hasta **Silvio Rodríguez**.

La propia Campanella estuvo presente en la presentación de la obra realizada antes del reparto de ejemplares junto con **Yann Fastier**, el ilustrador francés que ha dibujado los retratos que complementan las entrevistas de Campanella. Los ha dibujado gratis, tal como explicó Ángel de la Calle. «Hortensia no cobra nada por el libro y yo necesitaba para ilustrarlo alguien que no cobrara», explicó Ángel, que acudió a Fastier por la estrecha amistad que le une con el francés. «Si haces las ilustraciones vendrás a la Semana Negra», le dijo, y «como fuera de este pueblo la Semana Negra es un mito», Fastier se consideró suficientemente remunerado con visitar el festival e hizo unas «ilustraciones maravillosas». El propio dibujante alabó el festival explicando que, a diferencia de en Gijón, «en Francia las manifestaciones culturales son culturales pero no populares». Además, para él realizar los retratos ha sido un aprendizaje muy enriquecedor. «Tuve que documentarme para dibujar a autores a los que no conocía, y fue muy interesante», dijo.

De la Calle presentó a Campanella como «una de esas heroínas de las que hablábamos antes», en referencia a los héroes y heroínas anónimos mencionados en la actividad inmediatamente

anterior, la presentación de la colección de fotografías de **Alex Zapico** *Aprender a mirar*. De la Calle recordó que la periodista «se exilió en España de la dictadura de su país» y explicó que, cuando la conoció y descubrió su obra durante un viaje a Uruguay, se quedó tan fascinado que pensó que aquello «era un líro para la Semana Negra». Se lo propuso a Campanella, que pensó que aquello era una locura y siguió pensándolo hasta que, dijo, «al venir a la Semana Negra me di cuenta de que no estaba tan loco», porque, como en sus entrevistas, en este festival «hay mucho diálogo, enriquecimiento y gente interesante que nos da a quienes oímos cosas que hacen crecer a las personas». Entre esa gente interesante está Fastier. Unirse a él en este proyecto ha sido «un honor y una alegría» para ella.

La época en que realizó las entrevistas fue «una época muy especial» para Campanella. España fue para ella una pequeña tierra prometida que, como a otros exilados latinoamericanos, le «abrió los brazos» y les permitió «trabajar y hablar libremente». Había, recordó, «una ebullición cultural en la que todos hablábamos con todos y España nos trataba muy bien porque acababa de salir de una dictadura y sabía lo que era». En cuanto al libro, Campanella lo describió como «hermosísimo» y expresó su opinión de que, «sin duda, a muchos de los entrevistados les encantaría: **José Hierro**, que además de poeta era artista plástico; **Julio Cortázar**, que le hubiera encantado que lo haya ilustrado un francés, porque él estuvo tanto tiempo en ese país que se sentía un poco francés también...».

CONCURSO DE RELATOS NEGROS SEMANA NEGRA 2015

FINALISTA

Pa que nos vamos a engañar

Ana Isabel Espinosa (España)

«El ataúd, a hombros de los migueletes que lo habían custodiado en el balneario, fue llevado hasta su carruaje mortuorio. El féretro era tan pesado que, antes de llegar a la estación de ferrocarril, en la cuesta de la Descarga, fue necesario emplear dos parejas de bueyes para arrastrar el coche fúnebre...

En Zumárraga se celebró una ceremonia religiosa, abreviada por el agotamiento de la viuda, que no consintió en separarse del cadáver y subió al furgón fúnebre, acompañada de fray Fernando Argüelles, en su viaje hasta Madrid...».

Leo estos pocos párrafos en las arrugas grasientas del periódico que Manuel, el único guardián que es un poco amable conmigo, me ha traído envolviendo un mendrugo de pan y un arenque. Odio el pescado y más aún la mentira, que fue por ella y no por otra cosa por la que me hice anarquista, y cuanto más me asquea, más se revuelve contra mí, pareciéndome, ya, que forma parte de mi propia esencia, pero no, ahora que queda ya tan poco, que el tiempo se me acaba, debo aclarar, aunque para nadie valga lo que sé de todo aquello.

Murió —gracias a mí— como el héroe que nunca había sido, pues menudo, bisojo y malcarado, poco podía depararle el destino más que pasar a la historia como otro político más de los muchos que en estas tierras ha habido. No tenía nada de especial, aunque eso sí, era trabajador, de eso no cabe duda, pues estudié durante días sus idas y venidas, le seguí a casi todas partes, y aún en vacaciones como era el caso, su ritmo era incesante, durmiendo como medio hombre y comiendo como tres, discutiendo acaloradamente con sus amigos y contertulios, paseando, leyendo los periódicos y aun sacando tiempo para resolver las muchas consultas que por telegrama se le hacían desde Gobernación.

Dije en el juicio que lo había matado como protesta por las torturas a que sometieron a los anarquistas encarcelados por el atentado de la calle Cambios Nuevos, y rápidamente, tomando eco de ello, la opinión pública y los periodistas dieron cuenta de mi pasado, se me acusó de ser un anarquista místico, preocupado sobre todo por las guerras coloniales que España mantenía con Cuba y Filipinas. En ese curso de alimentar bulos y corrillos callejeros, investigaciones policiales sacaron a la luz que mi verdadero fin era asesinar a la Reina y a su heredero, aun un niño, apareciendo de la nada testigos que dieron fe de que esas y no otras fueron de mis palabras, y como por casualidad, se me endosaron actuaciones anteriores al hecho declarando gente a la que ni siquiera conocía que había cambiado mi fin inicial por este otro, quedándose —tras el asesinato— sin hacer nada por escapar gracias a las indicaciones de Nakens, periodista y anarquista, que tampoco faltó a la cita con la prensa y la popu-

laridad, aunque fuera a costa de la sangre y el nombre de un inocente.

No, cuando digo inocente no me refiero al hecho del asesinato, que es evidente que lo cometí y creo que queda más que probado, pues no sería propio de mi negar que fue mi arma y mi persona la que le arrebataron la vida a Cánovas, sino a la rumorología y descrédito popular que siguieron tras los acontecimientos referidos a mí mismo, a mi pasado o a las motivaciones del acto.

¿No sería un hecho importante referido a la investigación que la víctima ya sufrió anteriormente un atentado en el año 93 del que milagrosamente salió ileso, yendo a morir el asesino en la forma y manera que había previsto para su objetivo? ¿No es en extremo extraño que por declaraciones del marqués de Lema ya en pleno julio —recordemos que el suceso ocurrió el 8 de agosto— la misma víctima reconoció ante él sentirse espionado? ¿Cómo es posible que ese hombre tan lúcido e ilustre no tuviera una escolta adecuada, cómo que me dejaran acercarme a él con total impunidad, sin sospechar nada de mi aspecto tan diferente al acostumbrado en otros huéspedes del balneario donde ambos nos alojábamos?

Solo días después del hecho confesará Lema conocerme y haberse extrañado —según sus propias palabras— de mi aspecto, pero ni él ni ningún otro hicieron nada por detenerme.

Finalmente, el jefe de la policía del Presidente será cesado y la tierra removida aplastada, cuadrarán pruebas y los testimonios confirmarán lo que ya todos pensaban, que un anarquista más había segado la vida de un político ilustre, de un hijo de la Nación.

Pero ahora puedo confesar que todos ellos estaban totalmente equivocados.

Cierto es los periodistas sabían lo de mis viajes a París, que dudaban de que el anarquismo español hubiera dejado que un italiano como yo hiciera el trabajo sucio por ellos, que la conexión con Cuba y Betanzos había muchos a los que no les cuadraba, pero aun así, o tal vez porque lo más fácil era dar carpetazo cuanto antes al asunto, se me condenó en un juicio sumarísimo a garrote vil. Nadie sospechó de ella y menos que nadie, yo.

Tal vez era demasiado hermosa y joven para parecer siquiera un poco culpable de algo, quizás, su educación, el buen gusto con el que se comportaba o las maneras dulces y suaves la hacían la mujer ideal para cualquier hombre, de cualquier hombre de su entorno. Se entiende, pues jamás nadie en su sano juicio la hubiera emparejado con un truhán como yo, un buscavidas de ideas libertarias que debía conformarse con pasar unos días prestados con ella en un motelucho pegado al Sena.

Puedo reencorizar mis recuerdos y verla —astuta y cauta— llegando tapada y silenciosa al motel, desnudarse con timidez y meterse tibiamente en mi cama, diciéndome con voz entrecortada cómo deseaba que él muriera para poder vivir para siempre libre conmigo. Puedo ralentizar mis sentimientos y dejarla parada en mitad de aquella habitación, desnuda y callada, vuelta hacia la pared, enfadada porque no había conseguido un plan para eliminarme. Podría decir que me presionó como solo una persona fría y sin corazón puede llegar a hacerlo, «Michele que no puedo más», «Michele que me asquea solo de mirarlo», «Michele que te quiero demasiado para tener que verte a escondidas», «Michele mátale, que nadie más que él merece la muerte», pero mentiría si no dijera que yo deseaba más que cualquier otra cosa hacerlo, porque la quería solo para mí, sin tenerla que compartir ni con el cielo ni con el infierno.

El día 8 de agosto mi objetivo, el hombre que tenía amarrada a la mujer que yo había jurado hacer libre, fue a misa, regresó al hotel, subió a su habitación, puso un telegrama a Gobernación y reposó algunos minutos.

Pasadas las 12.30 ella le hizo bajar, creo que se encontraron en la escalera con una señora conocida, detalle casuístico que ella era demasiado lista para desaprovechar.

Su marido, como ella bien sabía, era poco dado a los cotilleos ni chismes sociales y se le adelantó, yéndose a sentar en la galería de arcos que conducía al comedor, que, por estar al nivel del jardín, era el lugar más fresco para leer, que era justo lo que se disponía a hacer.

Tomó asiento, tal y como ella había previsto, al lado de las tres puertas que se abren sobre esa galería. Como era muy miope, se acercaba mucho el periódico al rostro, por lo que no me vio llegar, ni tampoco pudo oírme, pues ya me había advertido ella de que calzara zapatillas.

Apoyando mi mano izquierda sobre la hoja cerrada, disparé con la derecha a quemarropa, atravesándole la cabeza y levantándole del asiento como si fuera un guiñapo.

Asustado, le disparé por segunda vez, partiéndole la yugular, formándose a su alrededor un reguero infame de sangre. Pero aun así, le volví a disparar, como ella me había aconsejado, para que no hubiera ningún fallo, entrándole la bala por la espalda.

En ese momento, debí huir no parando hasta cruzar la frontera, yéndome a encontrar con ella en el motelito del Sena, pero la sentí llegar, sus pasos me anunciaron que estaba cerca y la esperé para que escapara conmigo, sé que fue tamaña locura, pero qué menos se podría esperar de un loco enamorado.

Me mató por dentro, cuando se revolvió hacia mí como una fiera acorralada, me insultó y golpeó, aguantándome para que no huyera, hasta que llegó un Teniente de la Guardia Civil que se me abalanzó por la espalda, produciéndose en la trifurca un disparo más que alertó al resto de la guardia.

Me detuvieron y me condujeron a la cárcel de Vergara como a un animal, mientras Cánovas fallecía. Lo embalsamaron y lo metieron en un féretro metálico, después de que el médico del hotel hubiera hecho lo imposible por salvarle la vida.

Disculpó su poca ciencia —más acostumbrada a malestares sin importancia de ricos y ociosos— diciendo que los disparos eran mortales de necesidad y que sólo la Santa Unción podría llevar alivio a su alma.

Numerosos políticos, incluido Castelar, se presentaron en el Balneario de Santa Águeda, mientras de todo el país, llegaban centenas de telegramas de condolencia.

Parece que miles de personas se congregaron en las estaciones por donde pasaba el tren, y sobre todo por Burgos, Valladolid y Ávila, entrando a los sonos de la Marcha Real en la estación de Madrid el día 11 de agosto, siendo recibido por los representantes de todas las instituciones políticas y militares.

En La Huerta se instaló la capilla ardiente, bajo la guardia de los alabarderos.

En el entierro más de quinientas coronas le fueron dedicadas, fueron más de 10.000 los asistentes que le acompañaron al panteón del cementerio de San Isidro, donde fue depositado su féretro. A mí, en cambio, me darán garrote vil en el patio de la cárcel de Vergara, enterrándome en la fosa común del cementerio, aquellas destinadas a maleantes y asesinos, como yo mismo. No me pesaba el engaño, ni me dolía su traición.

Y un momento antes de la ejecución, cuando los disparos de los fotógrafos estallaban cerca de mi cara, lejos de intimidarme, aliviándome de mi soledad, pensé tristemente, que al menos estaría acompañado a la hora de la muerte, aunque por amor no era la forma más adecuada en la que un anarquista elegía echarle un pulso a la vida, sino más bien al lado de su víctima, acibillado por los disparos de los escoltas.

Pero no elegimos la forma de morir, y cuando el garrote borró mi aliento la pude ver como el último regalo de la vida, todo lo hermosa que era, rodeada de coronas de flores, en el vagón fúnebre, velando al hombre que yo había asesinado, y dos lágrimas rodaron por mi cara al no poder estar a su lado, aunque solo fuera una vez más.

CONCURSO DE RELATOS NEGROS SEMANA NEGRA 2015

FINALISTA

Carta de un culpable

Yemila Saleh Fraile (España)

Sé que la mayoría de ustedes no me entenderán nunca, que por muchas explicaciones que les dé seguirán considerándome un traidor, el responsable último de que su admirado Otto Montgomery no vuelva a escribir jamás. Sé que piensan que he actuado como he actuado por fama y dinero, pero desde ya les digo que eso no es cierto y que me duele sobremedida que ustedes, la llamada opinión pública, me juzguen de una forma tan dura e injusta.

Y hoy, por fin, cuando se cumplen seis meses de mi mediática excarcelación de la Penitenciaría de Foxville, me he decidido a expresarme desde las páginas de este prestigioso diario. Yo, Reginald Noah Jackson, les contaré qué me llevó a revelar el secreto de Otto Montgomery.

Lo primero que quiero contarles es que cuando el señor Montgomery irrumpió en Foxville, con su aspecto de científico chiflado y sus huidizos ojillos protegidos por unas gafas de montura antediluviana, toda la comunidad penitenciaria, tanto trabajadores como reclusos, le recibió con honores. Y es que no es muy habitual que una severa cárcel engrose su población con una celebridad del calibre del señor Montgomery. De tal magnitud, que hasta la generosa masa de casi analfabetos que por allí pululábamos habíamos oído hablar alguna vez de Otto Montgomery, conocido como el Artesano del Terror gracias a su talento para tejer novelas de temática siniestra. Así que creo que sobra relatar cómo reaccionaron en concreto los presos que se declaraban fans irredentos del señor Montgomery, aquéllos que habían leído buena parte de su interminable obra, compuesta por cuarenta y cuatro novelas, siete *nouvelles*, nueve libros de relatos, cuatro ensayos, cinco guiones de cine y su legendaria saga fantástica *El jardín de Lilith*, considerada su *magnum opus*, de la que tenía siete libros publicados y millones de seguidores en todo el mundo, y estaba aún por terminar. Si hasta el mismísimo director de Foxville, el adusto señor Callaghan, le pidió al ilustre recién llegado que le firmara sus libros de *El jardín de Lilith*.

El señor Montgomery, al que colocaron en una celda contigua a la mía, se comportó desde el primer momento con humildad y estoicismo, aceptando resignadamente que había errado con ominosos resultados —conducción en estado de ebriedad, atropello mortal de un vagabundo, huida, y unas cuantas horas de reflexión antes de entregarse—, y que por

ello merecía pasar nueve años de su vida apresado. De haber cometido otro tipo de delito especialmente censurable en el insondable Código Carcelario (sexual, con víctimas infantiles, etc...), probablemente no habría sido tan bien recibido.

Cauto y reservado pero gentil, el señor Montgomery pronto se adaptó a la vida entre rejas, se apuntó a varias actividades, trabó relaciones cordiales con todos los que lo rodeaban —algo meritorio: los fans de *El jardín de Lilith* podían llegar a ser cargantes—, y no esperó demasiado para presentarse voluntario para impartir él mismo un «Laboratorio de lectura y creación literaria», idea que fue bien recibida por la dirección de la prisión.

En cuanto supe que algo así iba a tener lugar, no dudé en apuntarme. Resultaba que a mí, un pobre muchacho negro de los suburbios de Detroit, siempre me había gustado escribir. Pero sólo entonces, tras llevar un injusto y desesperanzador lustro encerrado allí, me vi con las fuerzas necesarias para aprender a hacerlo con propiedad: cuidando gramática, sintaxis, estilo y todas esas cosas que nunca me habían importado. Y puedo afirmar orgulloso que tras recibir las enseñanzas que el señor Montgomery nos regaló de manera desinteresada a otros presos y a mí, mi forma de leer y escribir cambió para siempre. Él, con su tono de voz dulce y sosegado y sus frases siempre certeras, nos inculcó el amor por grandes clásicos como *El conde de Montecristo*, *Moby Dick* o *Crimen y castigo*, y nos dio las herramientas necesarias para que cada uno de nosotros lograra transmitir por escrito toda la riqueza de su mundo interior. Las dos deliciosas horas semanales que pasábamos en la biblioteca de la prisión los miembros del Laboratorio, custodiados por dos anonadados funcionarios, se nos pasaban a velocidad pasmosa. Incluso una vez finalizadas dichas reuniones, durante el transcurso de otras actividades, seguíamos hablando de los temas allí tratados, y el señor Montgomery tuvo que organizar un segundo turno para aceptar más pupilos.

Otto Montgomery llegó a la Penitenciaría de Foxville para convertirla en un lugar mejor, ¿saben? Y si todo se fue al garete fue por dos motivos. El primero, que el señor Montgomery y yo nos hicimos grandes amigos; el segundo, que fui liberado cuando pudieron probar mi inocencia.

Animados por una insólita «química», mi vecino de celda y yo des-

arrollamos nuestra amistad a lo largo de numerosas horas invertidas por ambos en el análisis de la personalidad del capitán Ahab o en los motivos que llevaron a Salinger a esfumarse, y también en contarnos duras historias personales; algunas, sorprendentemente, nos emparentaban. No en vano, el señor Montgomery fue un muchacho pobre de Detroit, *white trash*, que si no hubiera sido abandonado por su desastrosa madre y adoptado por unos familiares de Nueva Jersey, probablemente habría acabado convertido en un raterillo sin futuro como yo. Pero había un vínculo aún más poderoso que éste entre Otto Montgomery y yo, una tremenda ligadura que nos colocaba a ambos en la misma y dolorosa comisa: la de los inocentes condenados. Porque cuando le conté al señor Montgomery que yo estaba cumpliendo cadena perpetua por un doble crimen que no había cometido, noté que él sabía perfectamente de lo que le hablaba: a él le ocurría lo mismo.

Fue alentador no tener que darle a aquel hombre demasiados detalles ni explicaciones. Otto Montgomery me creyó a pies juntillas cuando le relaté que Cassius, el jefe del cabecilla de mi banda, me había encasquetado a mí, el más joven y desprotegido de sus peones, dos de sus crímenes. Aquel infame orquestó un trabajo de profanación de pruebas impecable que yo, con mi palabra como única arma de defensa, me vi incapaz de desarmar. Imagínense todos ustedes qué impotencia la mía al llegar a la conclusión de que por mucho que beirrear y jurara, no había nada que hacer. El ser un miserable solo en la vida fue lo que me hizo cargar con el tremebundo castigo destinado a otro hombre. Mi única esperanza era un joven periodista empeñado en demostrar mi inocencia. Pero cada día lo veía más imposible.

Supongo que el señor Montgomery se convenció tanto de que yo jamás volvería a ser libre que cometió la osadía de contarme su Secreto: que él no había ni atropellado ni abandonado a aquel mendigo, lo había hecho su negro literario. Porque resultaba para su último libro de *El jardín de Lilith* y por primera vez en su vida, el ya creativamente exhausto Artesano del Terror había recurrido a otro escritor. Sus editores y sus lectores lo presionaron tanto que tuvo que buscar aquella desesperada solución. Unos querían más dinero, y otros, más fantasía, sexo y violencia. El señor Montgomery se guió por su instinto y le ofreció el «trabajo» a un talentoso novelista en ciernes, vecino suyo. Y dio en el clavo con su elec-

ción: el séptimo libro de *El jardín de Lilith* fue su mayor éxito de crítica y ventas. Pero su negro no se conformó con la cuantiosa suma recibida por su labor. Una cálida madrugada de verano llamó a la puerta del señor Montgomery agitado y sudoroso, y prácticamente le obligó a que le hiciera un tremendo favor: responsabilizarse del homicidio accidental que acababa de cometer. De lo contrario, todo el mundo sabría que Otto Montgomery había recurrido a un negro para tejer su más celebrado libro. El señor Montgomery aceptó el chantaje y se esmeró en ayudarlo a levantar toda la farsa: tenía que quedar claro que él había atropellado a aquel mendigo. Como era de suponer tratándose de un tipo con una capacidad prodigiosa para idear crímenes, Otto Montgomery lo preparó todo de forma magistral y logró su objetivo: ser condenado en el lugar de su negro.

Yo no daba crédito: aquel hombre prefería pasar nueve años entre rejas antes que reconocer que no había escrito un libro publicado bajo su nombre.

Como he dicho antes, creo que Otto Montgomery me confesó su Secreto porque daba por hecho que yo nunca tendría ocasión de hacerlo público. Sin embargo, pocos meses después de su revelación sucedió lo imposible: fui excarcelado gracias a aquel periodista obsesionado con mi caso. Y una vez fuera, envuelto en una rotunda euforia al convertirme en foco de mil y una disculpas y la lisonjera atención de los medios, actúe de la censurable forma que ya conocen: traicioné la confianza de mi amigo contándole su Secreto a una popular presentadora. Pero les repito que no lo hice por un tema económico ni para ser aún más célebre, sino porque no podía tolerar que otro inocente continuara en prisión. Cómo iba a saber yo las catastróficas consecuencias que ello traería: que Otto Montgomery, una vez libre tras la revisión de su caso y la captura del verdadero culpable, acosado por los medios y su ya público pecado, le pondría fin a su vida.

Me crean o no, les diré que desde su muerte no he vuelto a dormir tranquilo. Los remordimientos no me darán tregua jamás, amigos míos, porque no soy el monstruo que piensan. Y no puedo terminar mi carta sin indicarles que ahora mismo trabajo en un libro en el que podrán leer toda mi historia con Otto Montgomery. Su título provisional es *La prisión de Lilith*.

CONCURSO DE RELATOS NEGROS SEMANA NEGRA 2015

GANADOR

Culatero

Fernando José Veglia (Argentina)

Un sol blanco emergía de un horizonte brumoso, atravesando delgadas nubes grises. El viento arrojaba finas andanadas de llovizna a su antojo, silbando una melodía aterradora. La carretera, como un hilo oscuro, dividía el árido paisaje perdiéndose hacia el sur.

Hacia dos horas que el camión había abandonado la estación de servicio. Transportaba varias toneladas de láminas de aluminio hasta Tierra del Fuego. Un automóvil, el «culatero», lo seguía a prudente distancia y un custodio acompañaba al chófer. La carga era valiosa y la empresa quería asegurarse de que llegara a destino.

Era la primera vez que Carlos Baccano, policía retirado, acompañaba a su cuñado, Pedro Herrera, como «culatero». Doblegado por la amena insistencia y una buena paga había aceptado. A fin de cuentas, necesitaba el dinero y escapar del tedio cotidiano.

Seguir el camión había resultado entretenido. Si bien la vista era monótona, la conversación de Pedro, los constantes llamados de la empresa de seguridad y las bromas del camionero, por el canal interno, hacían que las horas fuesen livianas. Sólo el mal tiempo le molestaba; los hacía vulnerables a pesar del constante monitoreo. Evitó mencionarlo, a nadie parecía preocuparle y no quería pasar por cobarde o pájaro de mal agüero. Reconocía que, después de haber salido del puerto de Buenos Aires, viajado un día entero y dormido en la estación de servicio, no había detectado amenazas o vehículos sospechosos y lo satisfacía conservar el instinto policial intacto, luego de años de inactividad.

—Vamos lento —dijo Pedro en un susurro— Día de mierda... ¿Es la hora de los mates?

—Parece que sí —afirmó Carlos, alejando el rostro de la ventanilla y buscando yerba, mate y bombilla en la guantera.

—Te das cuenta, ¿No? —preguntó Pedro.

—¿De qué?

—Mirás los espejos retrovisores, cada dos por tres.

—No. La verdad, no —aseguró Carlos, sonriendo y preparando el mate— debe ser la costumbre. Los custodios son confiados...

—Y los policías paranoicos —aseveró Pedro, sin vacilación. Le gustaba enfurecer a su acompañante.

—Sucede que no hacemos un cursito de mierda. Ser policía es una vocación, una elección...

—¿Me hacés cagar de la risa!

—La calle no perdona a los distraídos y, mucho menos, a los boludos —aseveró Carlos, ofreciéndole un mate.

—Está bien. Pero, desde que salimos del puerto, mirás los espejos. Calmate. Este es un laburo tranquilo. Escoltamos al camión a destino, volvemos detrás de otro y a cobrar.

—Estoy calmado. Lo hago sin darme cuenta. Es la costumbre. Sos un hinchapelotas.

—Verte enojado es una obligación —afirmó Pedro, riendo y devolviendo el mate vacío—. La verdad, insistí para que me acompañases porque no soporto a los pendejos. Son muy pelotudos. Si te gusta el trabajo, puedo hacerte entrar. Serías mi acompañante...

—Estoy retirado. Acepté porque sos un hinchapelotas y por el dinero. Tener el «fierro» en la cintura me trae recuerdos.

—Serían dos años. Me jubilo y nos retiramos juntos...

—Ya estoy jubilado —interrumpió Carlos— Qué trabajen los jóvenes... Si realmente me necesitás, contá conmigo. Qué se yo, dos o tres veces al año. Lo digo en serio.

—Gracias, Carlos. No aburras al mate, dame uno ¿Tu pibe?

—Con el hijo de puta de Juan José... —respondió Carlos, entregándole el mate.

—¿Con López? —preguntó Pedro, asombrado.

—Sí, no congenian. Por decirlo así.

—¿Todavía es el comisario de la quinta?

—Sí... Todavía —afirmó Carlos, recibiendo el mate vacío.

—Es que tu pibe es muy correcto, un inspector de los de antes, y López no deja pierna sin morder. En algún momento, Francisco le va a pisar la cola...

—Sucedió en un caso.

—¿En cuál?

—Con *El Cinco* —dijo Carlos secamente, observando como un punto negro los alcanzaba por detrás— Mi pibe no lo cuestionó, pero estoy seguro de que está investigándolo.

—Es una moto, dejá de mirar el espejo... —dijo Pedro disimulando un escalofrío— Tenés que hablarle. Va a meterse donde no debe.

—Sí, le dije. Pero es testarudo... —aseveró Carlos con resignación, ofreciendo el mate a su compañero e intuyendo que una de las motos los rebasaría de un momento a otro—. El clima no está para motos, son dos. ¿Aviso a la empresa?

Pedro no pudo articular palabra, ni siquiera reaccionó al estampido. La primera bala estalló el vidrio de la ventanilla y atravesó su cabeza, despararrándola por todo el habitáculo. La segunda buscó al acompañante, golpeándole el abdomen y destrozándole la rodilla derecha. El automóvil, sin control, salió de la carretera y, perdiendo velocidad gradualmente, quedó mansamente detenido en la banquina. La radio soltaba los gritos desesperados del camionero y del custodio, pidiendo ayuda y preguntando cómo estaban. Nadie respondió. El silencio y la muerte lo manchaban todo.

Carlos, herido y jadeante, empuñaba la pistola y soportaba el cuerpo de Pedro recostado sobre su hombro izquierdo. Sabía que, de enfrentar a los *piratas del asfalto*, no tendría la menor oportunidad de salir vivo y decidió quedarse inmóvil, simulando haber muerto. Apoyó la cabeza sobre la ventanilla para ver qué sucedía, temía que volvieran para darle el tiro de gracia.

Observó a los motociclistas flanqueando el camión, la balacera y los cuerpos, del camionero y el custodio, abandonados en la banquina. Sucedió rápido y a menos de trescientos metros. La radio había chillado, tronado y gemido hasta que un silencio opresivo trocó en fritura constante.

El camión abandonó la carretera, conducido por un *pirata* y seguido por una de las motos. La restante avanzaba lentamente hacia el automóvil de los *culateros*. No querían testigos. Carlos apretó la empuñadura de la pistola. Cobraría un alto precio por su vida. En instantes, el hedor de la muerte, el ardor en el abdomen y la rodilla, junto a los mareos mezclándose con los recuerdos del hogar, desaparecieron. Tenía el instinto concentrado en matar y pedir auxilio.

A menos de diez metros, la motocicleta disminuyó la velocidad y el acompañante apuntó confiado, quería asegurarse un tiro limpio. Carlos reaccionó, disparó contra el bulto hasta vaciar el cargador. Cuando volvió a cargar el arma, el motociclista huía abandonando a su acompañante. Seguro de que regresarían, maldijo en voz alta y tomó la radio, haciendo a un lado el cuerpo de su cuñado y dispuesto a pedir socorro. Sin embargo, un pedido titilante lo detuvo.

—Llamá... Llamá a la ambulancia —gimió una voz apagándose.

Era el *pirata* agonizando. Carlos dejó la radio en el lugar y, haciendo un doloroso esfuerzo, no sentía el abdomen y el frío comenzaba a abrazarlo, observó a través de la ventanilla. Un charco de sangre crecía alrededor de un cuerpo inmóvil y de una mirada suplicante. No dijo nada. La experiencia le había enseñado que, en situaciones extremas, una palabra innecesaria podía condenarlo. Apagó la radio, la fritura lo hostigaba, y aguardó. Era lo único que podía hacer.

La voz continuaba suplicando débilmente, repitiendo la misma frase: «Llamá a la ambulancia», como si fuese un rezo o una manera de aferrarse a la vida. Lo hizo a intervalos cortos hasta que comenzó a balbucear y, finalmente, desapareció en un estertor agónico.

Carlos sentía que su robusto cuerpo era liviano, que la debilidad culminaría por cerrarle los párpados. Lamentó la muerte de Pedro en un suspiro y en lágrimas mudas. Haciendo un esfuerzo, volvió a mirar a través de la ventanilla. El cuerpo del muchacho estaba tieso, con la mirada clavada en un paisaje insondable. Aliviado, llorando en una mueca dolorosa, encendió la radio y pidió ayuda. Pensaba en su hijo.

I Certamen de relatos cortos de ciencia ficción de la Semana Negra y El Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología de Puebla

GANADOR

Intercambio epistolar

Franco Molinari (Argentina)

Salió al patio y se sentó frente a la mesa de plástico. Dejó el equipo de mate a un lado, alisó el papel y desprendió la lapicera del bolsillo raído de la camisa. Miró la hoja en blanco por un momento, pensó que poner. No era un experto; No era siquiera un aficionado.

De mi mayor consideración.

Escribo estas líneas al respecto del portal interdimensional que apareció ayer en el patio de mi casa. Dado que yo —y no creo que nadie más en esta tierra— posee la tecnología capaz de realizar tal adelanto tecnológico doy a suponer —y perdone mi atrevimiento— que tal se debe a algún tercero del otro lado del ya dicho portal. Agradecería, si es este el caso, que me presentaran una solución ya que dicho portal se alza en medio del patio de mi propiedad.

Esperando una pronta respuesta.

Saluda atentamente.

Rogelio Hernández.

Rogelio plegó la hoja dos veces sobre sí misma y la colocó en un sobre de papel madera. Lamió la lengua del sobre y lo selló. Luego caminó dos pasos hasta el portal; Era un óvalo que flotaba a unos quince centímetros del suelo, de un metro cincuenta de alto y un metro de ancho, donde se dibujaba un espiral que iba tendiendo hacia el centro.

Acercó la carta unos quince centímetros del horizonte de evento y el portal la chupó como un agujero negro.

Dio media vuelta y se sentó nuevamente en la silla. Se cebó un mate e inmediatamente vio como un carta roja aparecía desde el otro lado del portal interdimensional.

Rogelio se agachó y levantó la carta. Dentro había un papel del mismo color, escrito con letra negra en un perfecto castellano.

De mi mayor consideración.

Me disculpo antes que nada por la tardanza de la respuesta, aunque, si nuestros cálculos son exactos, hay un desfase de tiempo entre nuestras dos dimensiones, ya que el portal al que usted alude, que apareció ayer en el patio de su casa fue creado exactamente hace ochenta y siete años. Y aunque usted haya recibido —imaginamos nosotros— esta carta inmediatamente, la verdad es que, y no pudimos hacerlo antes, tardamos seis meses en enviar la respuesta —tenga en cuenta que debimos descifrar su lenguaje, y analizar las posibles respuestas.

En lo concerniente a su duda; Si, el portal dimensional que se encuentra en el patio de su propiedad es obra nuestra, de un fallido intento de manejar fuerzas, que ahora entendemos, están más allá de nuestras capacidades.

En referente a la solución de este inconveniente, temo decirle, que la tecnología

para cerrar los portales que abrimos está, en este momento, muy lejos de la tecnología que ahora poseemos.

Por otro lado, como cada día en su dimensión equivale casi cien años de la nuestra, creemos que no tardaremos mucho tiempo —su tiempo— en encontrar una solución.

Para su tranquilidad sepa que la puerta dimensional está, de este lado, fèrreamente vigilada, y no hay posibilidad de que un visitante inesperado se entrometa en su propiedad.

Le saluda atentamente.

Xul-Yun.

Jefe de científicos del proyecto ciclón.

Rogelio releyó la carta una vez más, la guardó en el sobre y la dejó sobre la mesa.

Al día siguiente Rogelio se levantó temprano, salió al patio y se puso a escribir.

De mi mayor consideración

Sepa disculpar mi impaciencia —ya que ayer mismo recibí su respuesta a mis inquietudes— pero creo entender que en su dimensión han pasado al menos cien años, y me gustaría saber si hay adelantos en lo concerniente al portal dimensional. No quiero ejercer presión de ningún tipo, pero dentro de una semana se realizará en el patio de casa, exactamente donde se levanta dicho portal, una fiesta de cumpleaños; puntualmente la de mi sobrino Luisito, de ocho años, y sabrá entender que un portal dimensional no es lo más seguro para tener alrededor de un grupo de chicos de ocho años, que toman todo por un juego.

Cualquier información será bien recibida.

Saluda atentamente.

Rogelio Hernández.

Rogelio fue hasta la mesa y se cebó un mate. Se quedó mirando el portal esperando una respuesta inmediata. Pero la respuesta tardó más de quince minutos en llegar.

De mi mayor consideración

Nos dirigimos a usted con la feliz noticia de que hemos perfeccionado un dispositivo que podría cerrar el portal dimensional que es un dolor de cabeza para ambas partes. El problema —si es que lo hay— es que el dispositivo debe ser accionado desde su lado del portal. No nos atrevimos —faltara mas— en mandarle tal artilugio sin su consentimiento. Si usted esta de acuerdo con la medida, comuniquenos lo antes posible, recuerde que el tiempo juega en nuestra contra.

Saluda atentamente.

Jukonik

Jefe de científicos del proyecto ciclón.

Rogelio dobló la hoja, le dio la vuelta y escribió:

«Mándenlo».

Luego la hechó por el portal, que la succionó inmediatamente.

Al segundo apareció por el portal el susodicho artilugio.

Era una caja negra, con un botón rojo por encima como el de los programas de concursos. En uno de los lados llevaba pegado un sobre que decía «instrucciones». Cuando despegó el sobre vio que había un círculo dibujado de ese lado del cubo.

«Colocar la caja con el círculo para adelante, a un metro del portal. Apretar el botón y alejarse al menos un metro».

Rogelio siguió las instrucciones. Tocó el botón y se alejó. De cada arista del cubo apareció una antena que se alzó perpendicularmente unos veinte centímetros. Hubo un chisporroteo y unos rayos eléctricos se dispararon hacia el portal. El portal empezó a reducirse, pero no logró ni hacerlo ni cinco centímetros cuando el aparato hizo un sonido extraño y se apagó.

Rogelio quedó estático.

Esperó un momento y se acercó al aparato. Lo miró. Luego se animó a apretar el botón nuevamente. Cuatro, cinco veces.

Nada.

Pensó qué hacer. Escribió una nueva carta informando sobre el fallo del aparato y pidiendo instrucciones sobre qué hacer con el mismo. No hubo respuesta. Cayó la tarde y Rogelio se metió en la casa. Se cocinó y miró algo en la tele. Antes de acostarse fue a ver el portal dimensional: Había una carta al pie de la misma.

La levantó y la fue a leer a la cocina.

Mi estimado

Bastante me costó descifrar este idioma suyo, pero gracias a los restos del laboratorio y el mucho tiempo del que dispongo finalmente lo hice ¿Quién soy? Eso no importa. Hallé sus cartas por casualidad y creí que era justo enviarle, sino una, algunas respuestas, un pantallazo general de lo que sucede.

Estalló una guerra. La más cruel y larga, que involucra a todas las naciones. Ya no existe el proyecto ciclón —ya no existen muchas cosas— y los portales están a la buena de Dios. Yo que usted, si es cierto lo que dice en las cartas del desfase temporal, enviaría una nueva misiva dentro de tres días. De sus días, Para ese tiempo ya habremos evolucionado o desaparecido. Espero que el cumpleaños de Luisito no se arruine.

Le saluda atentamente.

Jool.

Su amigo.

Rogelio dobló la carta y la guardó en el sobre. Habría que esperar a ver qué pasaba. Guardó la carta con las otras y se fue a dormir.

• • • • •

Pasó dos días inquietos, sin saber qué hacer. Estaba preocupado por el cumpleaños de Luisito. Le había prometido hacerlo en su casa y no sabía cómo le iba a explicar que ahora no se podía ¿Qué le iba a decir? ¿Qué un portal dimensional había aparecido en su patio?

Los chicos no entienden de esas cosas.

Fue hacia el patio y apenas se paró frente al portal una carta brotó de este. La levantó del suelo.

Saludos hermano interdimensional.

Mi nombre es Juabik, jefe de científicos de la nueva república mundial. Pasa-da la gran guerra la nueva república mundial se dedicó a resolver los antiguos problemas que acosaban al mundo, entre ellos, los portales interdimensionales abiertos hace siglos por los antiguos. Nuestros científicos son brillantes pero, como nada queda de la tecnología de los antiguos, no sabemos qué fue lo que hicieron para crear estos portales, lo que nos daría pistas para cerrarlos. Sin embargo, por viejas cartas que sobrevivieron en la familia de un soldado de la gran guerra, sabemos que un aparato fue enviado a ti para tratar de cerrar este portal. Este aparato nos sería de mucha utilidad para encontrar respuestas. Te pido que me lo envíes, y prometo que tu patio estará listo para el cumpleaños de tu sobrino.

Saludos interdimensionales.

Juabik Aloyayin.

Jefe de científicos de la nueva república mundial.

Rogelio guardó la carta, tomó el aparato y lo lanzó por el portal interdimensional sin mucha alegría. Luego se quedó mirando fijamente el agujero negro. Estuvo casi un minuto allí, con poca y ninguna esperanza de que algo sucediera. Entonces brotó una carta del centro del portal, luego el portal se redujo al tamaño de una canica y finalmente desapareció.

Rogelio tomó la carta del suelo y leyó:

La nueva república mundial te da las gracias Roberto Hernández. Gracias a ti los portales finalmente se han cerrado. Por tu manera de manejarte deduzco que tu mundo es un mundo de orden, tolerancia y respeto.

Hasta siempre.

Rogelio guardó la carta, fue a la cocina y la puso con las otras. Luego lasató todas juntas con un hilo sisal y las guardó en el cajón donde iban las cosas inclasificables. Finalmente se sentó en la silla de la cocina y se puso a inflar globos de todos colores.

I Certamen de relatos cortos de ciencia ficción de la Semana Negra y El Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología de Puebla

FINALISTA

Los malabaristas son prácticamente personas

Luciano Sibori (Argentina)

Antes que nada definamos un concepto. El clásico —y nunca bien ponderado— «malabarista de semáforo» es un ser peculiar, joven, y de impecables capacidades motoras. Entre indisimulados gestos de desprecio de los transeúntes (para no colaborar con una moneda), el zaparrastoso renegado social manipula objetos en el aire (mazas, clavos o platos chinos), volteándolos, sacudiéndolos, convulsionándolos, evitando que caigan al suelo. Su ostentoso acto culmina en una reverencia, seguida por un pedido de gratificación económica que compense su función.

Un malabarista de semáforos de aquellos era Estanislao López.

Alrededor de la mesa, Estanislao sonreía confiado, Victoria sonreía nerviosa, Silvia sonreía incómoda y Héctor estaba (pura y llanamente) incómodo, vistiendo una innegable cara de culo. Sabrán disculpar la falta de vocabulario culto de este humilde narrador. La cuestión es que, como les venía diciendo, en la presentación oficial del novio, el agasajado se había presentado mugroso, de camisa sin tres botones, y con unas facturas dulces de muy dudosa calidad. Para complicar aún más las cosas, la última frase de Victoria había tenido el efecto contrario al esperado.

— Estanislao es malabarista, papá.

Silvia largó un imprevisto grito agudo y se llevó las manos a la boca.

— ¡Por todos los santos! ¿Cómo te enteraste?

Fue en la primera noche que hicimos el amor. Las estrellas resplandecían en la gloriosa noche (estábamos en un camping, acurrucados a metros de nuestra carpa) —Victoria le dio un beso a su muchacho en la mejilla. Sin dejar de mirarlo, continuó—. Se levantó y agarró tres naranjas. Lo que me mostró fue mejor que el sexo, mamá.

¡VICTORIA! —replicó su madre, horrorizada.

—¡Sí! ¡No sabés! ¡No sabés cómo flotaban esas frutas en el aire! Me sentí embobada ante aquel circo nocturno. Después tomó cinco ani-

llos. Me hizo malabares toda la noche... yo no quería que parara. ¿Papá te hizo malabares así alguna vez?

—¡Es suficiente! —rugió Héctor, de pronto, soltando una ira que venía conteniendo. Silvia tuvo que abanicarse para no sentir que se desmayaba—. ¡No voy a permitir que un degenerado como éste salga con mi hija! ¡Se acabó!

Héctor miró a Estanislao a los ojos.

—Te vas de mi casa, pedazo de infeliz.

—¡Papá!

—«Papá» nada, jovencita —aportó Silvia—. ¡Ay, si yo tenía mis sospechas!

—Tranquila, Vicky. No te preocupes —expresó, curiosamente tranquilo, Estanislao—. Ya me voy. Por cierto, muy rico su café, señora González.

—¿Vos me estás tomando el pelo, pendejo? —explotó Héctor, una vez más—. Un malabarista... ¿un malabarista? Nena, ¿cómo podés andar con este boludo?

Victoria ya no pudo contener el llanto. Héctor dirigió una efusiva mirada a su potencial yerno.

—Así que el «señorito» eligió no participar del circuito formal del trabajo. ¡Felicitaciones, mi hippie amigo! Lamentablemente, el dinero no crece entre sueños florales, lúdicas teorías de revolución y charlas filosóficas. Es la remuneración otorgada por un trabajo realizado. Decime: ¿qué trabajo hacés vos? ¿Eso de usar las manos para robarle a la gente? ¡No, señor!

Silvia lo interrumpió con un asomo de pena:

—Héctor, tal vez el chico no tiene la culpa...

—Y encima se hacen llamar «artistas»... El día que me maraville con un acto de los suyos, el día que logren sacarme un mango, es el día que voy a estirar la pata... carajo.

Héctor tuvo que detenerse para tomar aire.

A todo esto, Estanislao se mantenía inerte, exactamente en la misma posición. Su rostro permanecía frío, imperturbable. ¡Situación incómoda, si las hay! Victoria lloraba

descontrolada, y su madre se acercó para abrazarla. Un perturbador silencio se extendió por varios minutos. Finalmente, Estanislao llevó su silla hacia atrás, se levantó y pronunció:

—Lamento muchísimo esta penosa escena que generó mi presencia, señor González. Yo también me he avergonzado de mi profesión en su momento. De chico comencé a balancear naranjas en el aire y mamá dijo que tenía algo de talento. Mi viejo, sin embargo, decidió que la mejor forma de enseñarme a «ser alguien normal» era echándome a la calle. Vagabundé por muchos lugares y la vida me enlazó con Miguel Mochen, el más grande malabarista que alguna vez vio la Argentina. Aprendí todo de él, y fue como un padre para mí. Antes de poder darme cuenta, ya hacía equilibrio con cinco bastones de fuego —Estanislao hizo una pausa de evidente teatralidad antes de continuar—. Hoy ya no siento vergüenza, señor González. Conozco toda la ciudad, y he viajado por toda América Latina. Gano cuatrocientos pesos por día cuando no estoy demasiado inspirado. Estuve en Europa para la *International Jugglers Association* hace un tiempito. Este año comencé una Academia de Malabaristas para niños de 6 a 17 años. Tengo más de treinta inscritos. Sí, muchas veces me gritan cosas en la calle, insultos porque interrumpimos el tráfico. Pero ya no me avergüenzo, ni de hacerlo ni de confesarlo. Es la profesión que elegí para mi vida, es un arte. Es *mi* arte.

Una nueva calma inundó todo el cuarto. Pasaron unos cuantos segundos en los que ninguno dijo nada, todos esperando que otro rompiera la inercia del momento. La familia González intercambiaba miradas y Héctor, finalmente, habló con severidad:

—Pibe... quiero que te retires en este instante o si no... —lo dudó un momento— voy a tener que llamar a las autoridades. Y vos, Victoria, quiero que vayas a tu cuarto. Vamos a hablar muy seriamente.

Cuando Héctor y Silvia quedaron solos nuevamente, ambos arrojaron (casi simultáneamente) y suspiró que sonó a lamento.

—Pobre muchacho... —dijo ella.

—Es increíble que todavía sigan existiendo esas deformidades, esas... aberraciones de la naturaleza.

Héctor se refería, claro, al par de extremidades superiores que supieron crecer, desde los hombros, en versiones anteriores (e imperfectas) de los seres humanos.

—Hay centros de rehabilitación, cirugías disponibles. Si Victoria realmente lo ama podemos ayudarlo a que sea como nosotros. Todavía puede curarse, Héctor...

—No —la interrumpió—. Ya lo escuchaste. Está orgulloso de su condición, e incluso la aprovecha para hacer dinero, dinero sucio, dinero manchado. Obviamente nunca tuvo un buen padre que lo orientara a removerse sus fallas desde el minuto cero. Ningún doctor en todo el universo es ahora capaz de corregir el daño de ese muchacho. ¡Que agradezca que no llamara a la policía! Voy a ir a charlar con Victoria.

Héctor comenzó a tambalearse con su cuerpo hasta que, eventualmente, logró caer al suelo. Le arrojó una tierna sonrisa a Silvia y comenzó a deslizarse por el piso, ayudado por una especie de moco brillante que, aplastado bajo su cuerpo, reducía la fricción, permitiéndole adherirse y contrarrestar los efectos de la gravedad durante períodos continuados. Las piernas no colaboraban con su aletargado desplazamiento, no podían hacerlo. Tenían la consistencia de una gelatina. En su lugar, se trasladaba alternando contracciones y elongaciones de su cuerpo, generando el tipo de locomoción del futuro: la reptación.

Mientras se acercaba a la habitación de su hija recordó las antiguas historias de su abuelo: el estallido de la tercera guerra mundial del año 2303, la brutal caída de China en el 2428, la crisis de superpoblación del siglo XXVII. Historias de guerra, de muerte, de hambre. Con el regreso al estado más natural —con el regreso al suelo— todo aquello había terminado. Su cuerpo escamoso, formado por una suerte de masa resbaladiza y amorfa, lo hacía prácticamente indestructible, eterno, inmortal. La humanidad, luego de años de evolución genética, había alcanzado el óptimo que le permitiría vivir por siempre y en armonía con todas las demás cosas.

No. Ningún «noviecito», ni ningún malabarista de porquería, vendría a alterar aquel tan adorado equilibrio.

FIN

I Certamen de relatos cortos de ciencia ficción de la Semana Negra y El Consejo Estatal de Ciencia y Tecnología de Puebla

FINALISTA

Los soñadores

Marcos López Concepción (España)

El viejo profesor ya no podía leer ensayos de historia. En los últimos años apenas la vista cansada le alcanzaba para reconocerse a sí mismo en el espejo y se conformaba cuando su mujer le leía alguna novela en cama con la que se quedaba dormido. Pero hoy iba a intentar dar en el blanco con una pistola disparando entre varias cabezas. Cuatro días antes la voz suave de su mujer lo hizo caer en un sueño extraño, eso fue lo que puso punto final a su vida.

Cuatro días antes se soñó en medio de una multitud. Percibía el olor a tabaco, a sudor y lo empujaban. Muy cerca en un palco, dos camisas pardas y otros hombres con traje de corte militar ayudaban a subir a alguien que se colocó delante de una enorme banderola roja con una esvástica. Al comenzar a hablar hizo que los que le rodeaban callasen expectantes, incluido él, hipnotizado por lo que veía en su sueño. Estaba delante de Hitler. Al instante la gente que le rodeaba explotó en aclamaciones y levantaron el brazo haciendo el saludo nazi. El profesor no entendía muy bien el alemán pero con sus escasos conocimientos concluyó que todos los que estaban alrededor suya lo hablaban a la perfección. ¿Cómo se puede soñar que alguien habla un idioma que desconoces?

Se despertó al día siguiente con la sensación de haber vivido realmente aquel sueño. Y además, él conocía el lugar en el que se había soñado a sí mismo. Si no se equivocaba era uno de los mítines que se organizaban en los Congresos del partido Nazi en Nuremberg. Recordaba ver en un libro una foto de aquel preciso instante, que si no se equivocaba pertenecía al Congreso de 1933.

Le costó una mañana entera encontrar la foto, pero como no tenía otra cosa que hacer se alegró de aquella ocupación inesperada. Con la fotografía delante de sus narices no distinguía nada debido a la mala salud de los ojos. Se aferró a una gran lupa que tenía para leer los titulares de los periódicos y repasando la imagen se sorprendió reconociéndose a sí mismo en donde había estado en el sueño, o al menos era alguien muy parecido. Cuando su mujer llegó a casa le pidió su opinión.

—Mira esta persona de aquí —señaló—, ¿no te parece conocida?

—No lo distingo bien cariño.

—Fíjate.

—Es una foto muy antigua ¿por qué?

—¿No se te parece a mí?

La mujer se le quedó mirando preocupada.

—Estoy bien —el profesor se rió restándole importancia a lo que acababa de decir—, cosas mías.

Seguramente se hubiese olvidado de aquel incidente si esa misma noche, acostado en cama y bajo el peso de las palabras de su mujer no se hubiese colado de nuevo en el escenario del sueño del día anterior, en el mismo minuto sintiendo los mismos olores, los empujones, Hitler subiendo al atril. Miró alrededor y se dijo que si había una foto en un libro de historia tendría que haber un fotógrafo. Y allí lo vio. Subido a unas tablas de madera un hombre sacaba fotos detrás de una gran cámara de la época. Con discreción levantó el sombrero saludando. Hitler acabó una frase rabiosa y los asistentes al mitin levantaron los brazos muy estirados.

Al día siguiente cuando se despertó le vino a la cabeza lo que había soñado y pensó que había conseguido dirigir sus propios sueños. Más tarde y solo porque se aburría fue a buscar la fotografía, enfocando la vista con la ayuda de la gran lupa descubrió en el sitio que había ocupado en el sueño, a un hombre mirando a la cámara saludando con el sombrero.

—No puede ser —Se quedó helado. Le señaló el libro a su mujer cuando se acercó a él para darle las pastillas de la tensión—, ¿no me reconoces ahora?

—Cariño, ¿pero otra vez?

—Mira, yo soy este. El del sombrero.

—¡Ah sí! —la mujer le siguió la conversación como si fuese una broma—, y yo soy el del bigote.

—De verdad, es que esto lo soñé —el profesor reculó de nuevo la lupa y se observó. De pasada fijó también su atención en el hombre con bigote que había dicho su mujer y que estaba dos o tres pasos por detrás de él mirando con sorpresa como se quitaba el sombrero.

—Vale, no quiero saber ninguna tontería que tengo prisa, tómate las pastillas —, y dándole un beso en la mejilla su mujer lo dejó pensativo.

«Pero esto es verdad —se dijo— me está pasando, no estoy loco, es como si el sueño fuese una puerta para entrar al pasado». Durante sus años de docencia el profesor había dado clases y utilizaba la paradoja de los viajes en el tiempo para ayudar a sus alumnos a memorizar las claves de los periodos de los que se examinaban. Precisamente una de las preguntas que más controversia suscitaba era la que planteaba la posibilidad de viajar en el tiempo para matar a Hitler. La mayoría de los alumnos decían que si sin examinar la respuesta. Solo los que sacaban mejores notas, razonaban sus contestaciones en trabajos que valoraban las consecuencias de hacerlo y de no hacerlo. Desarrollaban con buenos argumentos cómo cambiaría el mundo si alguno de atentados contra Hitler hubiese sido un éxito, si el atentado del relojero Elser no hubiese fallado por siete minutos en 1939, si la temperatura hubiese subido unos grados para hacer estallar las bombas barométricas del avión Cónдор en 1943, o si no se hubiese movido el maletín unos escasos dos metros en el Plan Valkiria en 1944. Ahora era posible que alguien, no sabía quién, le estuviese abriendo aquella puerta para hacerle la misma pregunta. «Si pudieses viajar en el tiempo y aterrizar delante de Hitler en 1933 ¿le pegarías un tiro?».

—Pegarle un tiro a Hitler, vamos, como si fuese tan fácil hacerlo. Y es que además no tengo ni pistola. Qué cosas me da por pensar.

Se subió a una pequeña escalera no sin dificultad para alcanzar una estantería. Se sentía frustrado porque la vista le fallaba, pero husmeando entre sus viejos libros sobre la Alemania nazi pensó en que quizás el año 1933 hubiese sido una buena fecha para acabar con Hitler y cambiar el rumbo de la historia. Los intentos posteriores, los atentados del Coronel Stauffenberg hubiesen conseguido adelantar el fin de la guerra. Incluso aquella bomba del relojero Elser no hubiese evitado la contienda mundial. Pero en 1933 todo hubiese sido diferente con Hitler recién nombrado Canciller.

La verdad es que como profesor nunca había alcanzado el reconocimiento que se creía merecer, y se sintió reconfortado al imaginar que aquella locura suponía que quizás él, especialmente él por sus ensayos de investigación histórica había sido elegido para entrar por aquella puerta trasera que iba directa a una escena concreta de la década de los años treinta en la que podía cambiar la historia.

Se sacudió la cabeza pensando si no estaría perdiendo el sentido. Al acostarse esa noche se paró a pensar si realmente habría llegado lúcido hasta la vejez. Se asustó imaginándose a él mismo caminando por el inicio de una demencia difícil de identificar. Lo sentiría sobre todo por su mujer que durante muchos años se había sacrificado por su carrera de docente.

—Puedes repetirme esa parte —Le dijo a su mujer que estaba en la mitad de un párrafo del viejo libro que había rescatado en el mercadillo.

—Claro —Ella se sorprendió, no era habitual que él le dijese que repitiese alguna parte de lo que leía, daba por hecho que nunca prestaba atención—, ¿qué raro que me pidas que repita algo?

—Tu voz sonó muy bien en esa parte.

Ella se sonrió.

—Qué extraño estás. Te pasaste el día en el salón en medio de los libros sin hacerme caso y ahora me vienes con estas pamplinas. Me preocupas ¿eh? —dijo su mujer volviendo a leer el último párrafo.

Se encontró impaciente por quedarse dormido. Necesitaba saber si volvería al mismo sueño. Él quería volver. Con algo de miedo de perder el sentido y picado por una curiosidad que nunca lo había hecho sentirse tan vivo. El cuerpo se venció al sueño y se encontró de nuevo en la misma reunión tumultuosa. Miró a su alrededor buscando algo que le confirmase que aquello era algo más que un sueño. ¿Y si pudiese hacer algo más que levantar el sombrero?, ¿y si pudiese matarlo? Bastaba una pistola y un poco de puntería. «Si estoy así vestido —se dijo— es porque me he preparado para la ocasión, porque estoy quizás dirigiendo este sueño» ¿Y si imaginaba que tenía una pistola? Parecía controlar la situación, si había sido capaz de ponerse un sombrero antes de llegar allí, quizás había sido previsor y se había recordado así mismo desde el futuro que comprase un arma, que la tuviese escondida en su apartamento, que la cogiese aquel día y la pusiese por ejemplo en el bolsillo izquierdo de su chaqueta. Metió la mano en el bolsillo. Encontró un objeto y lo palpó. No había duda. Con un revolver en su mano estaba a escasos metros de Hitler que hablaba del mejor mundo que estaba por venir. A su alrededor aplaudieron y todos levantaron la mano. Menos él y la persona que estaba a su lado que sonrió cuando cruzaron las miradas. Un hombre fuerte con bigote. Un detalle le llamó la atención. El tatuaje en forma de tela de araña que se extendía por su cuello.

Al despertarse se escapó pronto de entre las sábanas para ver la foto. Ajustando la lupa pareció reconocerse a sí mismo ahora con sombrero. Pero hubo un detalle que lo intranquilizó. El hombre del bigote, el del tatuaje en el cuello, el que el día anterior estaba dos pasos detrás de él, ahora estaba a su lado. Este pequeño cambio en la fotografía que iba más allá de los movimientos que hacía él poniéndose o quitándose el sombrero lo consideró como una advertencia para que no hiciese nada. Durante el resto del día se puso muchas excusas. Que era imposible cambiar nada, que la historia ya estaba escrita y que todo lo que sucedería después podría empeorar. Además él era un viejo. Y no miraba bien. Seguro que fallaba el disparo. Quién fuera que lo había escogido para entrar por aquella puerta no tenía ni idea sobre selección de personal. Todo aquello se dijo a sí mismo hasta que le asaltó la duda de si no se trataría en el fondo que era un auténtico cobarde.

En la cena no dijo nada. Al final cuando su mujer recogía los platos se quedó sentado en la silla.

—Sigues raro —le dijo la mujer.

—Cosas mías, estaba pensando —Aprovechó para hacerle la pregunta—, Elisa... tu... si tu viajaras al pasado, serías capaz de matar a una persona que provocó una guerra.

La mujer hizo como si no le hubiese escuchado y de espaldas colocó los vasos en el fregadero.

—¿Me escuchas? —repetió él.

—¡Oh cariño! Eso es lo que siempre preguntabas en clase, me estás asustando, estás tan extraño estos días... Hablas solo, te ves en fotografías...

—Es que estoy teniendo unos sueños muy raros.

—¿Descansas mal?

—No es nada.

—Sabes lo que le pasó a tu madre ¿no?...

—No es eso —él se apretó las sienes con una mano como si le doliese la cabeza—, no contestaste a la pregunta.

—No sé... ¿a que viene eso? Supongo que sí.

—¿Supones o lo harías?

—¿Es importante para ti saberlo?

—Tu siempre me ayudaste a hacer lo correcto.

Ella suspiró. No entendía nada pero decidió contestarle para pasar página.

—Pues sí, creo que lo haría, sí...

Se acostó en la cama como quien se embarca en un viaje al espacio. Se tapó con las sábanas y se dejó llevar por la voz de su mujer que leía aquel viejo libro. Le faltaba poco para quedarse dormido. Pensó hasta que punto todo aquello estaba solo en su mente o había sido programado por alguien. Quizás había sido una casualidad que se le hubiese abierto a él la puerta al pasado para reconocer aquella escena histórica en una vieja foto olvidada. Desde un párrafo nuboso que salía de la boca de su mujer cayó suavemente en el otro universo infinito del sueño, rodeado de la misma gente vociferante.

«Lo mato y me despierto otra vez —se dijo—, lo mato y regreso al presente». Cogió el revólver por el puño. Las cabezas se movían delante de él. No tenía muy buena vista pero la distancia era poca. Los que lo rodeaban aplaudieron. Levantaron los brazos con la mano estirada y él entonces levantó el arma, apuntó, y al apretar el gatillo le dieron un golpe en el brazo. Salió desviado el tiro y una mancha de sangre floreció en el pecho de un camisa parda. Unos protegieron al Führer, se pusieron delante y lo retiraron del escenario. Otros se volvieron hacia el viejo profesor que sintió una patada en sus piernas. Soltó la pistola y cayó al suelo. El joven del bigote colocándose encima de él le apuntó con el revólver que le había arrebatado poniéndoselo dentro de la boca.

—Estoy hasta el puto culo de imbéciles como tú —mientras hablaba el tatuaje del cuello se movía, y en el centro, encima de la nuez, el dibujo de una araña subía y bajaba—, venis aquí a cambiarlo todo perros cabrones. Yo soy joven y fuerte. ¿sabes por qué?

Mucha gente se arremolinaba alrededor del profesor. Asustado negaba con la cabeza. Alguien le pisó una mano. Estaban enfurecidos y el miedo le hacía abrir los ojos como platos. El del bigote le susurró al oído.

—Yo soy joven y fuerte porque me sueño así para perseguiros —se separó y disparó el revólver.

Elisa sintió un golpe seco durante la noche que no fue lo suficientemente ruidoso para despertarla del todo. A primera hora de la mañana arrojó su cuerpo al de su esposo. Estaba congelado. Alguna vez se imaginó esa escena. Un momento en el futuro en el que habría despertarse y él no lo haría. Encendió asustada la luz de la mesilla. La vida se había portado a traición con ella en muchas ocasiones pero no la había preparado para ver aquella desagradable imagen de su marido con la boca abierta en una mueca de espanto, los ojos en blanco y un agujero en la cabeza del que había salido la gran cantidad de sangre y sesos que empapaban la almohada, y salpicaban el cabezal de la cama.

espacio

A QUEMARROPA

Por Christian Bartsch

Cada año en la Semana Negra, cada tarde en el Espacio A Quemarropa (EAQ), sucede lo mismo. Al arrancar, en el momento de entrar en la carpa o tomar las primeras notas, el instante de salir de la misma o de escribir el punto final parece situado a años luz. Sin embargo, cuando uno echa la vista atrás, todo aparece como vivido en un suspiro. Resulta increíble que entre un momento y otro se haya vivido tanto, se hayan abierto tantas puertas y ventanas a nuevos mundos entre la realidad y la ficción. Sin embargo, así es. Y esto queda especialmente claro el último día de actividad, cuando toca recoger el portátil y darle un merecido descanso tras unos días de frenético castigo al teclado.

incluido, como **Raúl Guerra Garrido**, **Jesús Fernández Santos** o **José María Merino**. Completan la nómina, entre otros, nombres como los de **Julia Gallego**, **Virginia Aguilera**, **Arrate Gallego** o **Fernando Tejada**, éste último presente en la mesa junto a Bolea y que resaltó la calidad del elenco de autores elegido para esta antología. Varios de los autores se fueron sumando a la presentación y leyendo algunos de sus cuentos, como **José Luis Miragaya**, que utiliza el humor «como arma arrojada, herramienta fundamental para vivir o sobrevivir», según comentó. A continuación, salió a escena **José Luis Blasco**, que explicó su obsesión por la muerte como elemento central de sus obras. Tal vez su oficio

franceses que se trasladan a una región remota del sur de Argentina. Uno de esos emigrantes es Malemort, un joven campesino en su Francia natal, impotente (estigma que le persigue más allá del significado sexual de la palabra) por no entender las reglas de su sociedad. Esta situación le lleva a embarcarse en una expedición de pobres emigrantes al Nuevo Mundo, donde se encuentran con una realidad muy alejada del destino idílico que les habían pintado. «Es una de las buenas novelas que he leído en lo que va de año», resaltó Sepúlveda, lo que es un gran cumplido viniendo de un lector que se definió como «muy cruel», ya que sólo le da vida a sus lecturas hasta las 15 primeras páginas antes de apartarlas si no le enganchan. «Eternamente voy a escribir de un viaje, porque la literatura es un viaje y la vida es un viaje», apuntó por su parte Roz, que explicó que la historia surgió de dos sucesos reales, el de un emigrante vasco al que llamaban el impotente, y el del éxodo de 65 familias francesas a tierras argentinas, respondiendo a la llamada de un adelantado francés afincado en Buenos Aires. Una de las lecturas que uno se lleva pendiente de esta Semana Negra.

Como también hay que leer *Tus magníficos ojos vengativos*, novela de **Juan Ramón Biedma** que surgió hace dos años en una de esas conversaciones entre autores que tienen lugar durante la Semana Negra. La historia tiene como escenario el Londres legendario de finales del siglo XIX, con los zoológicos humanos como elemento protagonista y perturbador. «Es una novela singular que no es un pastiche de Sherlock Holmes, aunque aparecen él y Moriarty», advirtió a los lectores despistados **Carlos Salem**, presentador de la cita. En esta obra, el héroe es el malvado, planteado sobre la paradoja de que «si la sociedad puede acabar con él, esto tenga un efecto negativo sobre la propia sociedad», según explicó Biedma. Así, el impulso que empuja a Moriarty en esta obra es transformar el mundo para salvarlo, no para adueñarse de él. Como vuelta de tuerca añadida, Moriarty y Holmes intercambian sus métodos, «un paso más allá» al estilo del que Biedma recomienda a sus alumnos en sus talleres de escritura. Si a esto le sumamos un protagonista que se gana la vida reventando tumbas para robarles los dientes de oro a los cadáveres, secuestrados ideados para desestabilizar el país y una niebla tóxica y asesina, sale una obra que, como todas las de Biedma, atrapan sin remedio. Si lo dudan, pruéntenle a Salem.

La siguiente cita en el EAQ fue muy especial. Se trató de un homenaje al escritor francés de novela negra **Jean-François Vilar**, fallecido a finales del año pasado. «Nunca estuvo en la Semana Negra, pero no porque no fuera invitado veces y veces», recordó **Ángel de la Calle**, admirador confeso de sus novelas. Su traductora al español, **Lourdes Pérez**, ahondó en la personalidad de Vilar y consoló a De la Calle. «Probablemente, si hubiera venido a la SN no hubiera respondido a ninguna pregunta. Porque esa era una de las características

de Vilar: su manera de estar en el mundo. Se consideraba marginal, optó por ser un vencido convencido, lo que le llevaba a tener una actitud de desinterés ante la vida», explicó Pérez. Por su parte, el editor y traductor **Jacques Aubergy**, que completó la mesa de la charla, destacó la importancia de Vilar en la literatura francesa de género negro. «Conocí al Vilar escritor muy tarde, en 1994, cuando él había decidido dejar de escribir y esperar a la muerte jugando a juegos electrónicos en su apartamento», explicó. La media hora de esta cita, en la que fugazmente se destacó la obra de Vilar y su devoción por Duchamp, se quedó corta. Pero seguro que no será la última vez en que abordemos su figura. Seguiremos informando.

Miras y Montserrat Nuñez. El primero es el autor de *Asesinatos con arte*, en la que este profesor de literatura inglesa de la Universidad de Oviedo presenta un relato de suspense en el que un asesino mata a músicos de una orquesta sinfónica por el placer de hacerlo y por componer unas escenas basadas en momentos de la historia del arte pictórico. **Fernández Camporro**, por su parte, es el creador de *Regresa a Riverthree*, libro que definió como «un western» ambientado en la actualidad en los Estados Unidos, aunque los crímenes que recoge justifican su aparición en esta colección de género negro. Se trata de la segunda de las seis novelas que, aun contando una historia independiente,



Ángel de la Calle, Jacques Aubergy y Lourdes Pérez.

Y ese día, el de ayer, comenzó con la presentación de *Escrito en el agua*, una antología «de relatos húmedos» con el líquido elemento, en alguna de sus manifestaciones, como piedra angular. La cita estuvo presentada por el coordinador de esta edición, **Juan Bolea**, cuyo proverbial buen gusto quedó certificado cuando se refirió a la carpa del EAQ como «legendaria». Por si quedaba alguna duda. Esta recopilación de relatos cuenta con una veintena de autores españoles e hispanoamericanos, con algún Premio Nacional

de enterrador tenga algo que ver. **Julia Gallego** se sumó seguidamente a la cita para leer parte de su relato, en el que la ciudad de Zaragoza es tan protagonista como su personaje principal. Tejada cerró la cita con la lectura de un fragmento de su obra.

Tomaron el relevo **Luis Sepúlveda** y **Guillermo Roz**, autor este último de *Malemort, el impotente*, novela cuya trama narra un gran viaje, «o un viaje más en la larga historia emigraciones de la humanidad», comentó Sepúlveda. En este caso, se trata de un grupo de



Guillermo Roz y Luis Sepúlveda.

Sin apenas tiempo para tomar resuello, ocupó la carpa **Pablo Bueno**, quien presentó junto a **Alejandro Cavada** su primera novela, *La piedad del primero*. Se trata de una historia de fantasía épica que nació en un pequeño relato «bastante malo», en palabras del escritor, escrito en un primer momento en los márgenes de la libreta de la asignatura de matemáticas en sus tiempos de instituto. En esta obra, uno de los objetivos de Bueno ha sido que la descripción del entorno, tan prolija en otras novelas del género, «no se comiera la historia». La sorpresa es un

dibujan un mundo propio ambientado en un pueblecito de las Montañas Rocosas. *La exclusiva del asesino* es la novela de **Salvador Robles Miras**, «escritor vocacional que escribe para aprender de lo que sé y de lo que no sé», tal y como se definió él mismo. Miras confesó su atracción por una de las condiciones del ser humano, la violencia, un elemento en el que bucea en esta obra, para la que, según apuntó, tuvo que meterse en la mente de un asesino. En este ejercicio aprendió que «desde la mente de un asesino, la sociedad es atroz». Completó la presen-



Biedma firma ejemplares de su último libro *Tus magníficos ojos vengativos*.

elemento esencial de este libro, primera parte de una trilogía en la que Bueno sigue trabajando. «La segunda ya está en fase de revisión y estoy trabajando en la tercera». El autor concluyó la presentación reivindicando la figura de **Tolkien** como «un autor al que todos los escritores de fantasía épica debemos algo». Bien está reconocerlo.

La actividad en la carpa del EAQ finalizó por este año con la presentación de MAR editor, cuyo responsable, Miguel Ángel de Rus, acudió acompañado por Pedro Antonio Curto y cuatro de los autores de su catálogo: **José Luis Caramés Lage**, **Óscar Fernández Camporro**, **Salvador Ro-**

tación **Montserrat Nuñez** con la segunda parte de *Proyecto mujeres en la historia*, en la que colabora con otras autoras para rescatar a mujeres que dejaron su impronta y entre las que se encuentran escritoras, periodistas, arqueólogas, luchadoras contra el nazismo y por los derechos civiles, etcétera. Según explicó, ya están trabajando en un tercer volumen que estará centrado en la Ilustración.

Y así finalizó esta jornada y se echó el cierre a la carpa por este año. Se hace extraño no invitarles a que nos acompañen esta tarde en alguna cita ineludible, pero no se preocupen, volveremos el año que viene. Seguro.



Un momento de la presentación de *Escrito en el agua*.

PROGRAMA DOMINGO 19

11.00 Inicio de la distribución gratuita del número 10 de *A Quemarropa*.

17.00 Apertura del recinto de la SN: Feria del Libro. Mercadillo interétnico. Música en el recinto. Terrazas. Atracciones de feria.

Apertura de exposiciones:
 VARGAS&BAUDOIN (Carpa de exposiciones).
 APRENDER A MIRAR (Carpa del Encuentro).
 MUYERES DE CARBÓN (Calle Palafox).
 FOTO y PERIODISMO.

18.00 (CdE) Presentación del *XI Informe de Derechos Humanos en Colombia* por Colectivo Colombiano de refugiados en Asturias, con la presencia de Mauricio Valiente Otts, Ana Andrés Ablanado y Javier Orozco Peñaranda.

19.00 (CdE) Presentación: *Luchadores del ocaso. Represión, guerrilla y violencia política en la Asturias de posguerra (1937-1952)* de **Ramón García Piñeiro**. Con Francisco Prado Alberdi Presidente de la Fundación Juan Muñiz Zapico y Alejandro M. Gallo.

20.00 Encuentro con **Ángeles Caso**.

20.30 (CdE) Presentación: *El libro de la comunidad: Guía de referencia para trabajar y vivir en comunidad*. Con Daniel Bellón y Alex Zapico.



EL DIRECTOR DE AQ RECOMIENDA

Es el tercer año consecutivo que cubro mi último EDAQR con este poema de **José Agustín Goytisolo**, pero es que no me apetece escribir y además es tan jodidamente bueno, y tan jodidamente perfecto para describir tinglado que hoy cierra sus puertas, que voy a correr el riesgo de ser como decía **Ángel González** que eran la Historia y la morcilla de su tierra, que no era otra que Asturias: repetirme, repetirme. Ahí va:

Amigos ya lo veis pasan los años/ y parece que ahora/ sigan las cosas como el primer día./ Nos hemos reunido ciertas veces/ en extraños cafés/ [...] hemos charlado largamente/ redactado los pasquines hasta el alba/ discutido el problema/ y siempre nos decimos que esto acaba/ que no puede durar/ y muchos hemos apostado cenas no sé dinero/ a que antes de fin de año algo sucede/ y siempre hemos perdido./ Así sin darnos cuenta/ entre reunión y papeleo oscuro/ entre miedo y registros y porfia/ hemos envejecido poco a poco/ pasando de la calle a la oficina/ del calabozo al fútbol/ y de la espera a la melancolía./ Y sin embargo os digo que tenemos razón/ que vale la pena continuar/ [...] porque el mundo camina/ con el paso implacable de hombres como vosotros/ que creen en la vida y que por eso mueven el mundo sin pegar un tiro/ mientras sea posible/ o bien pegándolo.

Nos vemos el año que viene.

GANADORES

PREMIO HAMMETT
(A LA MEJOR NOVELA POLICIACA DE 2014 ESCRITA EN ESPAÑOL)
Yo fui Johnny Thunders, de Carlos Zanón. RBA

PREMIO ESPARTACO
(A LA MEJOR NOVELA HISTÓRICA DE 2014 ESCRITA EN ESPAÑOL)
El reino de los hombres sin amor, de Alfonso Mateo-Sagasta. Grijalbo

MEMORIAL SILVERIO CAÑADA
(A LA MEJOR PRIMERA NOVELA POLICIACA DE 2014 ESCRITA EN ESPAÑOL)
Te quiero porque me das de comer, de David Llorente. Alrevés

PREMIO RODOLFO WALSH
(A LA MEJOR OBRA POLICIACA DE NO FICCIÓN DE 2014 ESCRITA EN ESPAÑOL)
Escrito en negro, de Martín Olmos. Pepitas de Calabaza

PREMIO CELSIUS 232
(A LA MEJOR OBRA DE CIENCIA FICCIÓN O FANTASÍA DE 2014 ESCRITA EN ESPAÑOL)
El imperio de Yegorov, de Manuel Moyano. Anagrama

CONCURSO RELATOS NEGROS SEMANA NEGRA
Culatero, de Fernando José Veglia

I CERTAMEN DE RELATOS CORTOS DE CIENCIA FICCIÓN DE LA SEMANA NEGRA Y EL CONSEJO ESTATAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA DE PUEBLA
Intercambio epistolar, de Franco Molinari

PREMIO BAN!-SN
En su tercera edición, este premio ha sido otorgado al escritor canario
Alexis Ravelo

Este verano en Aller
Visitas guiadas gratuitas
Todas las fechas de verano de julio, agosto y septiembre

#descubreAller
Aller

TEL: 985 46 34 33
y reservas: info@aller.es / www.aller.es

TIVOLI
ILOVIT

Desde 13.900 €
SsangYong

NUEVO TIVOLI: DISEÑADO PARA CROSSOVERS

1.6 TDI 115 CV | 1.6 TDI 130 CV | 1.6 TDI 150 CV | 1.6 TDI 180 CV | 1.6 TDI 200 CV | 1.6 TDI 210 CV | 1.6 TDI 220 CV | 1.6 TDI 230 CV | 1.6 TDI 240 CV | 1.6 TDI 250 CV | 1.6 TDI 260 CV | 1.6 TDI 270 CV | 1.6 TDI 280 CV | 1.6 TDI 290 CV | 1.6 TDI 300 CV | 1.6 TDI 310 CV | 1.6 TDI 320 CV | 1.6 TDI 330 CV | 1.6 TDI 340 CV | 1.6 TDI 350 CV | 1.6 TDI 360 CV | 1.6 TDI 370 CV | 1.6 TDI 380 CV | 1.6 TDI 390 CV | 1.6 TDI 400 CV

